

# Lo que sea de cada quien

## Tras las huellas de Mariano Otero

Vicente Leñero

Cuando Jesús Reyes Heróles era secretario de Gobernación, en el régimen de López Portillo, Julio Scherer, Miguel López Azuara y yo, solíamos comer con él y con su director de información, Ernesto Álvarez Nolasco, en el Churchill de Polanco.

Al *Mirlo Blanco*—como lo apodaba Granados Chapa— sólo le atraía hablar de política, de política, de política. Y de política se hablaba durante la comida. También se bebía generosamente, aunque siempre sospeché que don Jesús nos hacía trampa. No sé cuántos de los vasos de vodka que tomaba contenían realmente vodka—o simplemente agüita—, porque mientras nosotros nos alzábamos con paso vacilante al final de la comida, él abandonaba el restaurante tan erecto como había llegado.

En uno de aquellos encuentros, no recuerdo por qué, salió a colación mi segundo apellido: Otero.

—¿No será usted descendiente del gran Mariano Otero?

—Ni idea, don Jesús.

—Sería un honor, ¿no le parece? ¿Por qué no lo investigo?

Además de celoso admirador del estadista liberal del diecinueve, el que introdujo decisivas reformas al poder judicial en lo relacionado con el amparo, el que se opuso a firmar los tratados de paz cuando terminó la guerra con Estados Unidos, Jesús Reyes Heróles era un estudioso de su obra que había prologado y valorado con amplitud. A Mariano Otero pertenecía aquella frase terrible que don Jesús nos espetó alguna vez, como admonición: “Hay que aprender a lavarse las manos con agua sucia”.

Aproveché la primera ocasión para preguntar a mi madre sobre sus antepasados, para consultar además su acta de nacimiento, y resultó que tanto su padre como su



Mariano Otero

abuelo—vaya descubrimiento— se llamaban Mariano Otero.

Luego de sorprenderme, el dato me inyectó la certeza de que sí, de que mi madre Isabel Otero Girón, nacida en 1900, era descendiente del personaje cuyo nombre de pila se heredó de generación en generación. Ella lo había ignorado siempre porque creció huérfana de madre y abandonada por un padre llamado Mariano Otero que se volvió a casar y desapareció.

En el acta de nacimiento de Isabel Otero constaba un dato preciso: su abuelo Mariano Otero se había casado con una tal Manuela Baranda. Todo se reducía, entonces, a averiguar si el hijo de Mariano Otero histórico tenía como mujer a Manuela Baranda para demostrar que él era precisamente el abuelo de Isabel Otero.

Parecía sencillo el problema y me emocionaba obsequiar a mi madre, en su avanzada vejez, el regalo de informarle que era bisnieta del famoso Mariano Otero de la historia patria.

Sin embargo, ésa que parecía una fácil investigación resultó complicadísima. No había manera de demostrar que el hijo del

Mariano Otero histórico fue esposo de Manuela Baranda.

Una investigadora acuciosa que trabajaba con mi amigo, el historiador Enrique Semo, hurgó en registros civiles del siglo diecinueve y halló nada. Yo recurrí a los mormones de San Juan de Aragón que elaboran genealogías—cincuenta dólares de enganche para emprender la pesquisa—y nunca hubo respuesta. Hasta que don Gabriel Agraz García de Alba, experto en árboles genealógicos, tomó a su cargo el asunto, generosamente.

Agraz García de Alba tenía en su casona de la Prado Churubusco un extraordinario archivo-biblioteca de temática jalisciense abierto a la exploración de los estudiosos. Entusiasmado por mi caso—era un buen amigo—tardó más de dos años en elaborar la investigación. Me entregó las conclusiones con abundantes fotocopias de registros civiles y militares que volvieron incuestionable su fatal resultado.

No. El abuelo de mi madre no se llamaba Mariano Otero Mestas, como tal era el nombre del hijo del Mariano Otero histórico. El abuelo de mi madre se llamó Mariano Otero Cuesta, casado con Manuela Baranda, originario de Guanajuato, no de Guadalajara. No pasó a la historia ni con letra chiquita. Todo era, al fin y al cabo, una coincidencia extrañísima de dos familias distintas de Marianos Otero.

De golpe se me trizó el regalo para la vejez de mi madre. La investigación había resultado infructuosa. Ya no podría ella, en sus últimos años, vanagloriarse de tener sangre de un célebre.

Así tuve que confesárselo, dolorido.

—Ay, hijo—me replicó—, para qué perdiste el tiempo en esas cosas. A quién le importan. A la vida eterna nos vamos así nada más, sin apellidos. **U**